



Seix Barral

# Susanna Tamaro

---

Tu mirada ilumina el mundo

---





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Susanna Tamaro

## Tu mirada ilumina el mundo

Traducción del italiano por  
Julia Osuna Aguilar

---

Título original: *Il tuo sguardo illumina il mondo*

© Susanna Tamaro, 2018

© por la traducción, Julia Osuna Aguilar, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-322-3710-2

Depósito legal: B. 15.409-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## 1

Esta mañana me ha nevado un poco mientras iba al estudio. El cielo se ha levantado muy cubierto y los primeros copos caían débiles, sin decidirse a ser lluvia o nieve. El estudio estaba más helado que de costumbre, y la leña se ha resentido por la humedad acumulada durante la noche.

Con todo, en cuanto ha prendido el fuego, también la nieve ha empezado a caer con un ritmo más regular. Un muro blanco entre el paisaje y yo que no ha tardado en recubrirlo todo.

La nieve era un tema recurrente en nuestras conversaciones, ¿te acuerdas? Bien entrado el otoño, cuando te llamaba, te preguntaba:

—¿Ha llegado ya la nieve?

—Sí, ya está aquí, la veo brillar al fondo, en las montañas.

Otras veces, en cambio, antes de responderme, te asomabas a la ventana.

---

—No hay, aunque no creo que tarde ya.

Y es que tú desde tu casa contemplabas la majestuosa corona de los Alpes, mientras que yo desde la mía llego a entrever los picos de los Apeninos.

La nieve que aguardábamos no era la de los esquiadores, sino la que da al mundo otra dimensión de la existencia.

La nieve impone un silencio imprevisto, y era ese silencio lo que necesitábamos y añorábamos.

Una repentina escapada en el clamor de los días.

Un pensamiento que se aquieta y se convierte en reposo en medio del tumulto de pensamientos.

La nieve era además para ti recuerdos de infancia: las campanillas de invierno que recogías con tu madre por el torrente, las ropas de tu padre, que irrumpían heladas en la estancia donde esperabais a que volviera del trabajo, sus pasos acolchados sobre el suelo... y, alrededor, el paisaje, engullido por el manto blanco.

Para mí, en cambio, que nací a la orilla del mar, la nieve siempre ha sido el sueño y el deseo de algo intacto, sereno, de un mundo resuelto en su sencillez. Un mundo en el que cada cosa podía ser clara y necesaria, lejos del estrépito diario que dificultaba con su futilidad, y a menudo su crueldad, el paso de mis días. Un mundo donde los contornos de lo interior y lo exterior los definían el frío y el calor. Donde el frío era lo externo, la realidad que afrontar, y el calor, lo interno, el espacio protegido y afectuoso de una casa.

---

Aunque nacimos con diez años de diferencia, las infancias de ambos estuvieron marcadas por las estufas. La de vuestra casa de piedra en Chiusaforte funcionaba con gasóleo, mientras que la que calentaba la mía de Trieste era de carbón.

Otros ritmos, otros olores, un tiempo que ahora parece pertenecer a una época que podríamos llamar antigua.

¿Será por eso por lo que me mantengo fiel a mi vieja estufa Argo, con la esperanza diaria de que la leña no esté demasiado húmeda y no me intoxique con su nube de humo? Podría sustituirla por una de última generación, de *pellets*, que son lo más seco que hay, provista también de un mando a distancia que me permita activarla desde lejos, puede que incluso sin levantarme de la cama.

Pero no lo hago.

¿Por qué?

Quizá porque rara vez la creatividad y la comodidad son realidades que vayan de la mano.

Esto lo comprendí hace muchos años, cuando, en la casa de alquiler donde vivía antes de mudarme aquí, me quedé tres días aislada, sin corriente eléctrica ni teléfono, precisamente por una nevada bien fuerte.

Tras las primeras horas de desconcierto y de esperar en vano a que volviera la luz, me adapté a aquella nueva dimensión. Seguí escribiendo a

---

mano, en un cuaderno, iluminada por la luz vacilante de las velas.

Y mientras trabajaba pensé en que el noventa por ciento de los libros que se siguen leyendo en nuestros días —esos que damos en llamar clásicos— se compusieron en idénticas condiciones. Y tuve asimismo la certeza de que habría podido seguir escribiendo así toda la vida.

De hecho, aquella penumbra se pobló de personajes, de pensamientos y reflexiones que nunca habían asomado ante la luz fría de la pantalla.

La palabra se alimenta de sombra.

Y justamente eso es lo que le permite resplandecer por momentos con una luminosidad sorprendente.

Sin contraste, las palabras tienden a pasar como mercancías diligentemente alineadas en una cinta transportadora; mercancías controladas, medidas, aprobadas por las regulaciones estándar.

En lugar del fulgor del «Me ilumino de inmensidad» de Ungaretti, el cálculo sencillo de una prosa que debe rendir.

La palabra en cadena rinde, la palabra que no crea desvelos, que no inquieta y en cambio lo recubre todo con la tranquilizadora envoltura de la mediocridad.

La fiebre tecnológica nos pasó a los dos de largo como un río donde no teníamos interés alguno en

---

zambullirnos. Rozó nuestras vidas sin desviarlas de su equilibrio habitual.

Ambos habíamos escrito siempre a mano, en cuadernos muy parecidos.

Tú a lápiz, yo a boli.

Tú con una caligrafía ordenada y regular, yo con una más nerviosa y agitada, como si en mis pensamientos soplara siempre el viento boreal de mi infancia.

Cuando por fin te mudaste a tu casa de Cassacco, totalmente domotizada, te llamé para saber cómo habías pasado los primeros días en aquel espacio que prometía nuevas y maravillosas comodidades.

—Llevo dos días muerto de frío —me respondiste desolado—. No consigo que funcione nada.

¿Quién mejor que yo podía entenderte? A mí me cuesta lo mío hasta encender la tele, ahora que tiene dos mandos.

¿Terquedad?

¿Tozudez?

¿Deterioro neuronal?

No sé, lo único que sé es que este mundo telemático e informatizado no consigue metérseme en la cabeza, al igual que no tenía nada que hacer con la tuya.

—Ya verás, es como una varita mágica, como el genio de Aladino —te dije cuando te regalé la tableta—. Basta con acariciarla para que cumpla todos tus deseos.



---

Te quedaste encantado, como yo en mi momento. Por fin podías consultar todas las páginas sobre aviones y soldaditos que quisieras, igual que yo no me canso de visitar páginas de anuncios de perros abandonados, canarios y bicicletas.

Un día que fui a verte te descubrí también las bondades de la versión digital del *mahjong*, el centenario juego chino que lleva años haciéndome compañía.

Pero el uso de esta tecnología extraordinaria se limitaba en nuestro caso al cultivo de pasiones infantiles, pasiones de otro milenio, de otra era. Pasiones que, en su sencillez inocua, provocan la sonrisa de la mayoría. Construir maquetas de aviones, soñar con bicicletas, hacer un solitario en una tarde especialmente vacía.

Las veces, en cambio, en que llegaban a nuestras pantallas mensajes amenazantes y parpadeantes desde las misteriosas centrales del mundo telemático —«Haga una copia de seguridad», «Su memoria está casi llena», «Instale esta nueva actualización»—, nuestra dicha sosegada se transformaba en terror. No éramos capaces de comprender el lenguaje que hablaba, y menos aún de tratar con él.

En la década de los noventa, cuando en el momento más inesperado el primer ordenador que tuve mostraba una bomba con una mecha que se consumía —«¡error, error, error!»—, me iba co-

---

rriendo de la habitación como si estuviera estallando un incendio a mis espaldas.

Cuando un mundo es ya grande de por sí, no puede haber otro. Y el nuestro era aquél: el fuego y la piedra, el agua y la nieve; las distintas sombras y los distintos ruidos de los bosques; las pequeñas criaturas que retozan por los arbustos y bajo los tallos, y las más grandes y complejas que caminan por los prados. No tener miedo de la infancia, no temer lo que se revela ante sus ojos.

Ya casi ha parado de nevar, veo una ardilla que baja muy erguida por el tronco del viejo castaño. Va apartando la nieve con sus patitas, moviendo las hojas en busca de algún erizo de castaña. Si la doctrina de la metempsícosis resultara ser cierta, me gustaría transmigrar mi alma al cuerpo de ese pequeño roedor y vivir así siempre, suspendida entre la tierra y el cielo.

Si fuera una ardilla, habría tenido la previsión de esconder en alguna parte una avellana, una bellota, para los tiempos duros de tu ausencia, algo para recuperar fuerzas.

Pero, como soy un ser humano, no escondí nada; de golpe se hizo la desnudez, la soledad, y en esa desnudez y esa soledad sigo viviendo.

Cuando enciendo el móvil me saltan de pronto los contactos favoritos. Uno es el tuyo. Si aún pudiera llamarte, si tu voz tan querida y amada pudiera aún responder «¿diga?», ésa sería mi bellota.

---

Una conocida mía francesa me contó que, por culpa de una manifestación, no pudo llegar a tiempo para ver morir a su marido en el hospital. Al volver a casa, el teléfono empezó a sonar con una insistencia fuera de lo normal. Como no parecía querer parar, fue a responder de mala gana, pero la reticencia se transformó en pánico cuando al otro lado de la línea oyó que una voz decía: «*C'est moi...*».

¿Qué sabemos realmente de la vida?

¿Y cuántas cosas mantenemos apartadas de nosotros, por miedo a lo que puedan revelarnos?

La lógica ha erigido altos muros a nuestro alrededor, y quizá sólo cuando nos quedamos a solas comprendemos que el perímetro de la fortaleza es, en realidad, el de nuestra propia prisión.

Una borrasca recorre hoy Italia, así que supongo que habrá nevado también en Chiusaforte. Me imagino el candor que envolverá el paisaje y el ruido de coches, camiones y tren cada vez más lejano.

*Chiusaforte es todos los regresos que me alejan  
mientras nieva el tiempo sobre la nieve que fuiste  
sobre pasos más tarde contados y recubiertos de  
blanco  
y hay un llanto oculto en el firmamento  
en las piñas a los pies de los abetos*

---

*en el silencio que araña las almas y a veces  
nos impulsa a lo alto, a lo alto  
donde hay palabras que eran piedras  
dichas de buenas a primeras, en el frío  
dejadas en confianza a las nubes.*